

SALVADOR TOSCANO INVESTIGADOR

P O R

M A N U E L T O U S S A I N T

SALVADOR TOSCANO fué un universitario en integridad. Estudió leyes, como las hemos estudiado tantos de nosotros, pero además del afán por las leyes en Toscano latían dotes de investigador de historia: su misma tesis de abogado, *Derecho y organización social de los aztecas*, nos indica su verdadera vocación. Y fué en el Instituto de Investigaciones Estéticas donde encontró su ruta de investigador. Fué pues, la Universidad la que hizo de Toscano un verdadero investigador. Pero, leal a sus propósitos, nunca abandonó el Derecho. Fué un investigador, se había encarrilado ya para la investigación artística, pero no abandonaba el Derecho. Es que lo tomaba también como una investigación. Fué un excelente Secretario del Instituto de Antropología. Sus estudios y sus viajes no le impedían resolver rápidamente, los problemas jurídicos del Instituto. Es que, como he dicho, el Derecho era para Salvador una investigación. Y llegamos a este punto capital: ¿qué es una investigación? ¿consiste simplemente en reunir datos, nombres, fechas, lugares, como las piecitas de un rompecabezas que pueden acomodarse y dar eso como resolución del problema? ¡No! La

investigación no es un rompecabezas, la investigación es un rompealmas, porque tenemos que poner todo nuestro YO, todo nuestro espíritu, en lo que estamos estudiando. El investigador tiene que reconstruir la parte de existencia que está estudiando; si no reconstruye esa parte de existencia su obra no es válida.

El investigador, en su campo, es un aventurero, es un cazador o un detective. Se ve obligado a las más inesperadas hazañas para completar su información o conseguir un solo dato que le falta y llega al heroísmo en el sentido noble, ya clásico, que le da a estas palabras Carlyle. Así fué Salvador Toscano.

¿Qué lugares de Chiapas, de Tabasco, de Honduras, de Yucatán, de Guatemala, donde quiera que existe la huella de una ruina no recibió la impronta de su pie? ¿Qué monumento no fué atrapado por su cámara fotográfica? Pero más aún: Toscano sabía arriesgar su vida en aras de la investigación. Una aventura, en uno de esos paseos coloniales de investigadores. Estábamos en Calpan. Habíamos visto ya todo, habíamos terminado el trabajo, pero subsistía un problema: sobre el altar mayor de la parroquia, existe un mosaico de pluma que representa a San Andrés, del templo. Nunca había sido fotografiado y para nosotros era de capital importancia. Luchamos con el sacristán a fin de que lo bajara; todo inútil. Entonces Salvador subió al coro con la cámara en el tripié y sobre una cornisa de cuarenta centímetros, fué recorriendo el templo para lograr la fotografía. Salvador llega a la mitad del camino, ve que no había lugar para su tripié y se regresa, tranquilamente, por donde había venido. Yo fui el único espectador de esta escalofriante escena. El esfuerzo extraordinario, aun sin éxito, estaba realizado.

Y ¿qué decir de su anhelo, de su pasión, por fotografiar todos los monumentos y todas las obras de arte de México? Parecía tener otro yo: yo y mi cámara, y ¡pobre Salvador! murió con su cámara al hombro. Es que realmente la cámara fotográfica llega a prestar al investigador un nuevo sentido: la fotografía no es sólo la reproducción mecánica de un sujeto, la que se puede adquirir en cualquier taller fotográfico, sino la reproducción íntima que nosotros hemos logrado captar *in situ*, que representa parte de nuestro propio espíritu y, a las excelencias técnicas, el investigador puede añadir excelencias espirituales. Si sólo dejara Salvador su archivo de diapositivas, era ya una obra de importancia.

Pero Salvador Toscano tenía algo más: sus capacidades como investigador. En primer lugar, su cultura; había realizado una carrera,

había obtenido su bachillerato perfecto, lo cual significaba, en aquellos tiempos, una cultura. Además, una disciplina mental para organizar todos sus trabajos en una forma absolutamente seria pero, sobre todo, una amplitud de criterio que es indispensable para el verdadero investigador de arte; sobre todo del arte de México.

El arte de México, como es perfectamente sabido se divide en cuatro épocas fundamentales: la época indígena, la neohispánica, la del siglo XIX y la contemporánea. Es necesario comprender estas cuatro épocas para poder escribir del arte de México: es una cadena; sus eslabones no significan especialmente causalidad; es decir, que el uno sea la causa del otro; pero están íntimamente ligados; es una secuencia lógica. Cualquiera que no comprenda las cuatro épocas, no podrá producir sino obras fragmentarias o desarticuladas.

Salvador Toscano se había dedicado a una de esas ramas, a la que amaba con pasión: el arte indígena. No desconoció nunca ni el arte colonial, ni el arte del siglo XIX, y en cuanto al arte contemporáneo, puede decirse que lo amaba ardientemente. Como prueba de esto Toscano ha dejado varios estudios sobre la historia del arte del México contemporáneo.

Pero Toscano se dedica especialmente a estudiar el arte indígena y ¡en qué forma! Salvador nos da un nuevo concepto del arte indígena. Antes, este arte consistía, simplemente, en lo que se ha llamado arqueología: épocas, culturas, fechas, significado de los símbolos; es decir, el conocimiento material del pasado; se llegaba a la superficie, pero no se penetraba al fondo. Salvador Toscano abre la brecha, nos da el estudio artístico, la emoción espiritual que producen las obras de arte indígena; pero sin olvidar nunca los datos fundamentales de la arqueología. Es decir, que su obra no es simplemente una concepción vana, o una fantasía artística, sobre las obras de arte prehispánicas, sino que fundándose en los datos concretos a que había llegado la arqueología, él construye una teoría estética de estas creaciones.

Sus ideas están cristalizadas en su magna obra: *Arte precolombino de México y de la América Central*, publicado en 1944, por el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, cuando era Rector el licenciado Brito Foucher, y es de justicia mencionar este nombre de Brito Foucher para honra suya.

El libro está organizado en una forma completamente armoniosa. Comienza por una introducción, después estudia la estética indígena; es acaso la parte más débil del libro, porque los indígenas no tenían estética.

No tenemos un sólo testimonio en que ellos hablen del arte, como arte; de lo bello, como bello. Es aplicar una idea griega a un mundo indígena de América, de manera que no es la estética de los indígenas, sino nuestras teorías estéticas, que nosotros aplicamos a las obras de arte indígena. Salvador había rehecho ya esta parte de su obra. Después viene la materia histórica, con una perfecta documentación. Nos ofrece una tesis de los orígenes del hombre en América, demuestra que no existe en ella el hombre autóctono, que no hay huellas del hombre prehistórico.

Después estudia las culturas arcaicas y nos hace ver que, son propiamente una manera de ver de esos pueblos primitivos, que no se puede decir que exista una cultura arcaica nahua, es un sistema universal en que los hombres primitivos siguen los mismos procedimientos de sus antepasados; que las flechas de pedernal se encuentran en todas partes del mundo.

Después estudia la cultura maya, las culturas del Altiplano, las culturas atlánticas.

Sobre esta base étnica, perfectamente establecida, él logra estudiar la antropología. Construye entonces su *Historia del arte indígena* y lo estudia por temas: arquitectura, escultura, pintura, cerámica, mosaico, plumaria y orfebrería. De todas las culturas tiene capítulos el libro. Hay una ventaja, es decir, que podemos conocer la cultura prehispánica; pero hay una desventaja, que no ofrece el aspecto artístico de cada cultura.

El libro, como he dicho, recibió una aceptación admirable, es uno de esos pocos libros que se agotan en poco tiempo. Está exigiendo, estamos todos necesitados de que se haga una nueva edición. Salvador pensaba rehacerlo en todo. Ahora vamos a reeditararlo tal como estaba.

La fatalidad más absurda nos ha arrebatado a Salvador Toscano de nuestra convivencia íntima, de nuestro afecto. Lo recordamos en cada instante como compañero, como discípulo, como hijo. Elogiamos ardorosamente su obra, pero nos desesperamos en una tragedia horrible, porque no pudo darnos su obra...